HARLEQUIN

Deseo™

MAGNATES



La última noche

CHARLENE SANDS



La última noche

CHARLENE SANDS



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2009 Harlequin Books S.A. Todos los derechos reservados.
LA ÚLTIMA NOCHE, N.º 57 - septiembre 2010
Título original: Texan's Wedding-Night Wager
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2010

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8997-1
Editor responsable: Luis Pugni

EL ECO DE TEXAS

Todas las noticias que debes conocer… ¡y mucho más!

¿Recuerdan cuando el gran magnate texano Kevin Novak estaba felizmente casado, hace cuatro años? Tampoco hemos podido olvidar la avalancha de rumores que se levantó cuando su esposa decidió abandonar al guapo millonario. Todo el mundo empezó a hacer apuestas sobre quién sería la próxima señora Novak.

Aunque esa opción nunca ha existido. Los Novak no llegaron a divorciarse. ¿Acaso el poderoso miembro del Club de Ganaderos de Texas se negaba a disolver su matrimonio? ¿O tal vez siempre ha tenido otra cosa en mente? ¡La cosa está que arde, pues su esposa finalmente ha regresado!

Capítulo Uno

Cara apagó las luces de la clase y se quedó parada en medio de Luces de Baile, flanqueada por una pared de espejos que ella misma había elegido cuando había diseñado la escuela. Sonrió al escuchar la canción de Elton John que sonaba por los altavoces. La melodía le hizo recordar y cerró los ojos. Movió las caderas, meciéndose al ritmo de su poética letra.

La calma sigue a las prisas del día
Cuando el ajetreo del mundo se apaga
Un momento encantado me envuelve
Es hora de que este guerrero inquieto esté contigo
Y esta noche puedes sentir el amor
Está donde tú estás
Este vagabundo asombrado
Ya ha llegado lo bastante lejos
Y esta noche puedes sentir el amor

–¿Puedes sentir el amor, Cara? –le había preguntado Kevin el día en que se habían casado.

Kevin se había llevado la mano de ella a la boca y la había besado, sin dejar de mirarla a los ojos. Cara había temblado de excitación ante ese solo gesto. Ella había sentido su amor en cada mirada, en cada caricia y cada uno de sus seductores besos.

–Sí, lo siento, cariño –había respondido.

Él la había besado en los labios.

–Ésta es nuestra canción, pequeña –había susurrado él.

Abrazados el uno al otro, había cantado la letra al mismo tiempo que Elton John, meciéndose con la música mientras sus amigos y familiares los miraban. Ella había creído que se casaba con su príncipe encantado. Kevin había sido su amor de la universidad, un hombre capaz de hacerle reír y llenarle de excitación al momento siguiente.

A Cara se le encogió el corazón al revivir el día de su boda. Recordó cómo había estado entre los brazos de Kevin, amándolo con toda su alma y soñando con el mismo futuro feliz que ella les había deseado a muchas de sus estudiantes de baile a lo largo de los años.

Había puesto todas sus ilusiones en aquel enlace.

–¿Por qué, Kevin? –susurró Cara, parada en medio de la silenciosa escuela de baile.

Al atractivo Kevin Novak, con sus penetrantes ojos azules y el cabello corto y rubio, siempre le habían confundido con David Beckham. Cara y Kevin solían bromear al respecto pues ella, con pelo rubio rizado y ojos azul cielo, no se parecía nada a la ex Spice Girls, esposa del futbolista. Sonrió un momento al recordarlo.

Al principio de su matrimonio, lo habían pasado muy bien, hasta que Kevin había decidido que construir un imperio inmobiliario era más importante que apostar por su relación. Se había convertido en un adicto al trabajo, siempre posponiendo

las necesidades de su esposa a causa de algún buen negocio en ciernes. A ella le había roto el corazón y, al escuchar la canción de Elton John, volvió a revivir aquellos sentimientos. La felicidad con la que había soñado se les había escapado de los dedos, pensó, sintiendo el estómago encogido.

Cara había seguido con su vida, se había mudado de Somerset y había empezado una nueva vida en Dallas, pero no había sido capaz de dejar atrás el hondo dolor que Kevin le había causado.

Sumida en sus pensamientos, abrió los ojos de golpe y se quedó mirando las sombras que se reflejaban en el espejo. Su silueta era la de una mujer nueva y segura de sí misma. Se había convertido en empresaria, propietaria de una cadena de escuelas de baile, además de ser profesora de baile y coreógrafa.

Sin embargo, había dejado de ser la joven optimista y llena de esperanza que había soñado con vivir y tener hijos con Kevin. Ya era hora de que dejara atrás aquellas vanas ilusiones, se dijo.

Apagó el equipo de música de mal humor y se dirigió hacia el teléfono para llamar al hombre con quien no había hablado desde hacía unos cuatro años. Llevaba demasiado tiempo evitándolo y debía enfrentarse a ello.

Era hora de divorciarse de su marido.

Kevin Novak frotó su palo de billar contra la tiza con movimientos lentos, mientras consideraba su siguiente tiro. Era uno de los mejores jugadores de billar del Club de Ganaderos de Texas, pero su

amigo Darius Franklin le estaba poniendo la victoria muy difícil.

–Tú sabes muy bien que Montoya es el responsable del incendio.

Kevin se inclinó sobre la antigua mesa de billar de roble y disparó su tiro, colando la bola naranja en el agujero de una esquina. Él sabía bien que Darius no creía que Alejandro Montoya fuera responsable del incendio provocado que se había desatado en Petróleos Brody. Sin embargo, no titubeó en utilizar el tema como distracción para ganar.

–No estoy tan seguro de eso, Kev. El incendio fue provocado, sin duda, pero aún no están claros los culpables.

–Montoya siempre ha sido como un dolor de muelas.

Kevin falló el siguiente tiro y Darius levantó su palo de billar, escrutando la mesa de juego.

–Es verdad. Pero aún no estoy convencido de que haya sido capaz de provocar el incendio. Parece que fue un trabajo profesional y, si ése es el caso, él quedaría descartado.

–Te digo que es culpable –insistió Lance Brody, otro de los viejos amigos de Kevin y antiguo compañero de la Universidad de Texas.

Los cuatro mejores amigos de Kevin eran todos miembros del Club de Ganaderos de Texas del condado de Maverick. Se habían reunido para jugar, tomar algo y conspirar en la sala de billar del club.

–Pienso lo mismo que Lance –dijo Mitch Brody, de acuerdo con su hermano–. Montoya es un tipo de cuidado.

Justin Dupree asintió, tomando un trago de cerveza.

–Yo también creo que Montoya es culpable. Tiene muchos problemas con Lance. Siempre ha sido así.

–Yo tengo problemas con él –señaló Lance con tono de mofa. Su rivalidad se remontaba a los tiempos del instituto.

Darius apuntó a la bola azul rayada y tiró. La bola rodó hasta uno de los agujeros y Kevin hizo una mueca.

–Buen tiro.

Darius rió.

–¿Te duele reconocerlo, verdad?

–Todavía no he perdido.

Y, cuando Darius falló el siguiente tiro, Kevin se esforzó al máximo, decidido a no dejarle ganar terreno. Su naturaleza competitiva no le permitiría perder. Metió las siguientes cuatro bolas lisas y, al fin, la bola negra, ganando la partida.

Satisfecho, Kevin le estrechó la mano a su amigo.

–Ha sido una partida muy disputada –dijo Kevin.

Darius le chocó la palma de la mano.

–La próxima vez te venceré –dijo Darius y dejó el palo. Bajando la voz, preguntó–: ¿De veras crees que Montoya es el causante del fuego?

–Eso creo. Y también creo que está detrás del boicot a mi proyecto en el centro de Somerset. Está decidido a fastidiar a los hermanos Brody y a sus amigos. No es una coincidencia que el área que yo había elegido para construir esté siendo de-

clarada zona de interés histórico. Montoya debe de estar detrás de todo. Es demasiado sospechoso.

Lance se acercó y pasó los brazos alrededor de los hombros de sus amigos.

–Vamos, vosotros dos. Olvidemos a Montoya un momento. Tenemos que fijar una fecha para mi fiesta de boda. Kate se merece algo más que la boda fugaz que celebramos en Las Vegas.

Kevin sonrió.

–Sí, tú sí que sabes cómo impresionar a una chica.

–Lance ha puesto toda la carne en el asador con ésta –intervino Justin.

–Muy graciosos –repuso Lance, frunciendo el ceño.

Sin embargo, Kevin sabía que a su amigo no le molestaban las bromas. Lance había encontrado a la mujer de su vida en Kate y quería ofrecerle una celebración de boda por todo lo alto.

Cuando sonó el teléfono de la sala de juegos, Lance se acercó para responder.

–¿Cara? ¿Eres tú de veras? Me alegro de escucharte.

Kevin se quedó petrificado. Las cabezas de sus amigos se giraron hacia él, mirándolo con curiosidad. Un mar de sentimientos contradictorios lo envolvió. Se quedó rígido, esperando, con la mandíbula tensa.

–De acuerdo, te lo paso. Está aquí mismo –dijo Lance, tendiéndole el teléfono–. Es… Cara. Quiere hablar contigo.

Kevin atravesó la habitación para responder. Antes de hablar, se giró para mirar a sus amigos y,

con un rápido gesto, les pidió que siguieran jugando y dejaran de observarlo.

Los demás se volvieron y Kevin habló al teléfono.

–¿Cara?

–Hola, Kevin.

«Qué tono tan formal», pensó él.

Diablos, no había escuchado su voz desde hacía cuatro años, se dijo. Ni una sola vez. Desde que ella lo había dejado con un palmo de narices y se había mudado a Dallas para empezar una nueva vida. Él había estado al tanto de su vida a través de sus amigos y por lo que había leído en los periódicos sobre el éxito de su escuela de baile.

Cara sonaba igual, vivaz, aunque un poco tensa. Hubo un incómodo momento de silencio.

–Creo que es hora de que terminemos con ello –dijo Cara.

De inmediato, Kevin pensó que Cara iba a casarse de nuevo. Después de cuatro años, ¿por qué otra cosa iba a llamarlo? ¿Se habría enamorado de otro hombre?

Kevin no sabía qué pensar al respecto. Cara lo había dejado y había roto su matrimonio. Ella había intentado presentarle el divorcio y él le había devuelto los documentos por correo. Le había dado un ultimátum: si quería el divorcio, iba a tener que regresar a Somerset y decírselo a la cara.

–Voy a ir a Somerset. Me gustaría quedar contigo para hablar del… divorcio.

–Bien –dijo Kevin y apretó los labios.

–Es por negocios, Kevin. Debes comprenderlo. Necesito pedir un préstamo para ampliar mi es-

cuela. El banco me recomienda… Bueno, aceptémoslo. Ambos necesitamos rehacer nuestras vidas.

«Es por negocios», pensó él, repitiendo las palabras de su esposa.

¿Cuántas veces le había dicho él lo mismo cuando no había podido llegar a tiempo a cenar?, reflexionó Kevin. ¿Cuántas veces se lo había dicho cuando había llegado a casa tan tarde que sólo había tenido energía para desplomarse en la cama a su lado y abrazarla hasta que los dos se habían quedado dormidos? Ella había querido hijos y él le había dicho que tuviera paciencia. Los negocios habían sido lo primero, pero sólo porque había querido poder ofrecerle a su esposa lo mejor. Había ganado millones, pero Cara nunca había comprendido que lo había hecho por ella. ¿Y qué había hecho ella para demostrarle su amor? Había hecho las maletas en medio de la noche y lo había abandonado. Sin más. Después de cinco años de matrimonio.

Maldita Cara, pensó él.

–Estoy de acuerdo –dijo Kevin–. ¿Cuándo vienes?

–¿Qué te parece mañana?

Kevin se giró y descubrió que sus cuatro amigos estaban mirándolo.

–Mañana me parece bien. Te espero en mi despacho a las cinco.

Kevin colgó el teléfono y se quedó pensando qué hacer a continuación. Cara no iba a salirse con la suya, se dijo, no iba a permitirle entrar en su vida para irse con el divorcio sin más, en un solo día. No pensaba ponérselo tan fácil.

Entonces, su mente empezó a forjar un plan y sonrió.

–Cara viene mañana –explicó a sus amigos, aunque no hacía falta, pues lo habían escuchado–. Quiere que firmemos el divorcio.

–He visto esa expresión en tu cara antes –observó Darius–. ¿Por qué estás tan sonriente?

–Por nada –replicó Kevin, ocultando sus verdaderos pensamientos.

–¿Como la vez que casi nos echan de la Universidad de Texas? ¿Recuerdas cuando robamos el busto de Shakespeare que el profesor Turner tenía en su clase? –preguntó Lance, mirándolo lleno de sospechas–. ¿Estás planeando algo así?

Kevin se encogió de hombros.

–No me gusta nada –señaló Lance–. Parecías petrificado cuando Cara llamó y ahora pareces un gato gordo que acabara de zamparse un litro de leche.

Kevin sonrió y se terminó la cerveza.

–Es mejor que me vaya –dijo Kevin, sin dar más explicaciones.

–Ya siento lástima por Cara –comentó Darius–. Esa chica no sabe lo que la espera.

Kevin se dirigió a la puerta de la sala de billar, meneando la cabeza.

–Esa chica es mi esposa. Y se merece todo lo que le pase.

Darius le lanzó una seria mirada de advertencia y dijo:

–Siempre me ha gustado Cara.

–Ya –repuso Kevin y respiró hondo antes de salir de la habitación–. A mí también me gustaba.

***

Mientras el ascensor se cerraba para llevar a Cara al despacho de Kevin, vio su reflejo en las puertas de cristal. Se había mirado al espejo una docena de veces antes de salir de su habitación de hotel en Houston, para asegurarse de tener el aspecto adecuado para reunirse con Kevin. Normalmente, solía llevar el pelo rizado sujeto en un moño, pero ese día se lo había dejado suelto, sobre los hombros. Se había puesto un brillo de labios de color cereza y había elegido un vestido de color zafiro que le resaltaba la figura y el color de los ojos.

Porque ése no era un día cualquiera.

Era el día que iba a ver a su marido por primera vez en cuatro años.

Y, en parte, deseaba que él comprobara lo que se había perdido. Ella no se había marchitado como una florecilla cuando se habían separado. Se le había roto el corazón por la traición de su marido, pero no se había echado a perder. Porque, aunque Kevin no la había engañado del modo clásico, había roto su juramento al abandonar el fuego de su amor.

Aquella experiencia la había convertido en una mujer más fuerte. Para superar el dolor, había centrado sus energías en conseguir el éxito empresarial en un terreno que le encantaba. Había vuelto a Somerset por Luces de Baile y para lograr lo necesario para ampliar su préstamo del banco. Pero también había ido por razones personales.

Respiró hondo al salir del ascensor y miró a su alrededor en la nueva planta de oficinas de Kevin. Era evidente que le habían ido bien los negocios. De un pequeño despacho a las afueras de Houston había pasado a tener un despacho impresionante en el décimo piso de un rascacielos del centro.

Cara se acercó a la mesa de recepción y esperó a que la recepcionista terminara su llamada.

–¿Puedo ayudarla?

–Sí, soy la señora Novak. Tengo una cita con… mi marido.

La joven recepcionista arqueó las cejas, sin ocultar su sorpresa. Kevin había cambiado muchas cosas desde que ella se había ido, pensó Cara. Y parecía ser que la dulce y anciana Margie Windmeyer no había encajado en la nueva decoración.

Con aspecto de estar confusa, la recepcionista buscó en las páginas de su agenda.

–Me está esperando –insistió Cara, sin poder disimular los nervios. Estaba deseando terminar con aquel asunto.

–Sí, señora Novak –dijo la recepcionista y dejó de buscar su nombre en la agenda. Señaló unas puertas dobles–. Por allí.

Cara asintió y miró las puertas durante un segundo. Luego, con una delgada carpeta bajo el brazo, entró en el despacho.

Kevin estaba parado de espaldas a ella, mirando por la ventana que había tras su escritorio. Tenía ambas manos en los bolsillos de los pantalones y Cara pudo observar su tentador y apretado trasero. Su físico no parecía haberse deteriorado con los años.

Cuando Kevin se giró un poco, Cara se fijó en su perfil y en la atractiva estructura de su cara. Entonces, él la miró de frente con sus penetrantes ojos azules, sin dejar adivinar lo que pensaba, y esbozó una media sonrisa.

–Hola, Cara.

Ella se quedó parada en medio del enorme despacho, intentando controlar los nervios. Era un shock verlo. No se había preparado para ese momento ni haber previsto cómo iba a reaccionar al verlo de nuevo. Lo había imaginado cientos de veces, pero sus imaginaciones no eran comparables a la realidad. En cuestión de segundos, la invadió un cúmulo de recuerdos agridulces de todo lo que habían compartido y todo lo que habían perdido.

Esforzándose por mantener la compostura, Cara sonrió un poco.

–Hola, Kevin.

Él la miró de arriba abajo, del modo en que solía hacerlo cuando quería hacer el amor con ella. Y una oleada de calor recorrió a Cara, recordando la intimidad que en otros tiempos habían compartido. De pronto, se sintió abrumada por la magnitud de la misión que la había llevado allí. Se proponía escribir el capítulo final de la historia de su matrimonio.

–Tienes… buen aspecto.

Kevin la miró con gesto seductor.

–Tú estás muy guapa.

–Gracias –dijo ella, levantando sus defensas contra él y el cumplido.

–Toma asiento, Cara –la invitó Kevin, señalando un sillón de cuero marrón que había frente a él.

Cara sostuvo un momento la carpeta, agarrándola nerviosa, hasta que al fin la dejó sobre el escritorio. Se cruzó de piernas y apoyó las manos en el reposabrazos del sillón.

Kevin posó la mirada en sus muslos, que quedaban en parte descubiertos por el vestido. Ella se esforzó en no encogerse ante su escrutinio. Deseó que él se sentara también.

–¿Vas a casarte?

Esa pregunta tan directa tomó a Cara por sorpresa. Negó con la cabeza.

–No.

Kevin asintió y se cruzó de brazos.

–Es momento de hacerlo, Kevin. Tenemos que seguir adelante con nuestras vidas. Pretendo ampliar mi negocio y quiero pedir un préstamo importante al banco.

–No quieres que aparezca mi nombre en ningún documento legal, ¿no es así? –preguntó él, observándola con gesto de desconfianza.

–Eres un hombre de negocios –respondió Cara con paciencia, preguntándose qué había pasado con el Kevin Novak con quien ella se había casado. Aquel hombre parecía diferente, amargado y arrogante. Nunca antes había visto esa faceta de Kevin–. Sabes cómo funcionan las cosas.

–Sí, sé cómo funcionan –replicó él en tono cortante, de desprecio.

Al fin, Kevin se sentó tras su escritorio. Apoyó los codos en el reposabrazos de la silla y entrelazó los dedos.

–¿No te parece raro que estemos sentados aquí, en mi despacho, hablando de formalismos?

–¿Raro?

Kevin esbozó una media sonrisa llena de amargura.

–Sí, raro. Teniendo en cuenta cómo empezó nuestra relación. Fue caliente y apasionada desde el primer momento.

Cara recordó la fiesta de cumpleaños de su mejor amiga de la universidad, con globos, música a todo volumen y litros de alcohol. Ella había mirado a Kevin y se había enamorado al instante. Se habían pasado toda la noche coqueteando sin ningún pudor. Hasta ese día, ella nunca había sido tan consciente de su propia sensualidad. Kevin y ella se habían fugado del guateque y habían hecho su propia fiesta esa noche.

Cara sintió que su cuerpo subía de temperatura al recordar esa noche tan erótica.

–Eso es agua pasada, Kevin.

Kevin dejó pasar el comentario. Se recostó en la silla y la miró a los ojos.

–Tengo entendido que te va muy bien con tu escuela de baile.

A Cara se le aceleró el corazón ante la indirecta. Se enderezó en su asiento y se inclinó un poco hacia delante.

–No he venido por tu dinero, Kevin –afirmó ella y miró a su alrededor, observando el sofisticado despacho. Exquisitas obras de arte adornaban las paredes y todo estaba decorado con gran gusto–. Aunque ya veo que has tenido mucho éxito. Eso siempre fue lo más importante para ti.

Después de dejar caer lo que pensaba, Cara volvió a apoyarse en el respaldo del sillón, satisfecha